Jorge Bonells

Fanáticos de Borges

(Fotonovela frangollo)

ediciones del
subsuelo
Barcelona 2025

© Jorge Bonells, 2025

© de esta edición **Ediciones del Subsuelo S.L.U. 2025**
c/ Nàpols, 282 5º 4ª - 08025 Barcelona
www.edicionesdelsubsuelo.com

ISBN: 978-84-129747-4-4
Depósito legal: B 18899-2025

Diseño de la cubierta: Elsa Suárez Girard

Impresión y encuadernación: Ulzama Digital
Polígono Industrial Areta, calle 33 - 31620 Huarte

Todos los derechos reservados. Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida por ningún medio sin el permiso por escrito del editor.

A Lluís Pau i Vilà (1952-2022), rockero celeste

No hay nada peor que el frangollo, si no es la fácil perfección de la solemnidad. Este será un libro de eminente frangollo, es decir de la máxima descortesía en que puede incurrirse con un lector, salvo otra descortesía mayor aún, tan usada: la del libro vacío y perfecto.

Macedonio Fernández
Museo de la novela de la Eterna

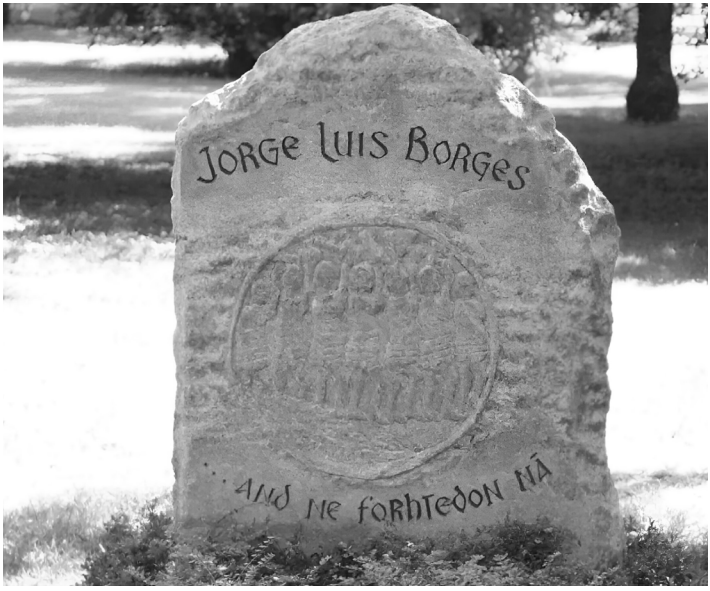
frangollo (lunfardo) = chapuza

1

Quisiera conmemorar a mi manera el trigésimo noveno aniversario de la muerte de Jorge Luis Borges, acaecida el 14 de junio de 1986 en Ginebra y, puesto en esas, conmemorar también el ciento veintiséis aniversario de su nacimiento en Buenos Aires, un 24 de agosto lluvioso de 1899. Me gustan los aniversarios. Las conmemoraciones. No sé muy bien por qué. Es así. No soy el único, claro. Lo que me hace diferente de los demás es que yo no me dejo llevar, o no siempre, por esa ladina dictadura de los números redondos. Que son mucho peores que los números primos. ¿Por qué habría de festejar uno siempre, obligatoriamente, fechas múltiples de cinco o de diez, y no fechas aleatorias elegidas al azar, cuando a uno le parece bien? Yo, en todo caso, festejo los aniversarios cuando se me canta.

Hay una razón que justifica con creces mi actitud algo chulesca, lo reconozco: soy el primero en haber fundado, hace años, un club de fanáticos de Borges que ha perdurado, según como se mire, con un único miembro permanente, yo, hasta hoy. Que se disolverá, evidentemen-

te, cuando fallezca. No me queda mucho. Aunque nadie haya sabido nunca nada de él. De dicho club. O casi nadie. Tanto mejor. Las cosas que se saben poco cuelan más y mejor que las que se saben mucho. Me parece a mí. Eso me concede una legitimidad, creo, de la que otros carecen para conmemorar lo que me dé la gana respecto al escritor argentino.



No es la primera vez que festejo el aniversario de un escritor conocido. En 2006 publiqué un *Esperando a Beckett* para celebrar, contradiciendo lo que he dicho al principio, el centenario del nacimiento de Samuel Beckett. Confieso que me pilló por sorpresa. No había pre-

parado nada y de pronto me di cuenta de que tenía que escribir algo sobre Samuel Beckett si quería poder escribir algo sobre mí. Eso hice. Rápido y corriendo. Comoquiera que sea, quedé bastante satisfecho con lo que salió. A algunos les gustó el resultado. A otros, menos. A otros, nada. Normal. No pasa nada.

Con Borges ha sido distinto. Con él me he ido preparando desde hace tiempo. Desde que lo leí por vez primera. Sin saber que me preparaba para esa efeméride. Fundé el club de fanáticos de Borges con dicha intención. A principios de la primavera de 1972. En París, adonde me había ido a vivir dos años antes. Sin saber que tenía dicha intención. Lo sé ahora. Al escribir esto. Con las intenciones pasa siempre lo mismo. Uno nunca sabe que las tiene. Se entera de ello cuando ya las ha tenido. No antes. Cuando ya no sirve de nada saberlo. No recuerdo bien cómo fue la cosa. O quizás sí. Querer recordar bien

lo que uno recuerda mal es bastante absurdo. Y, sobre todo, inútil. Es ir en contra del recuerdo mismo. Queriendo ir a favor de él. Pasa a menudo. Mejor lo dejo. Borges es pues el segundo escritor B al que dedico un libro aniversario. En *Esperando a Beckett* dejé claro que, aparte de los escritores K, fuera de concurso por ser la K una letra bastante rara, que ni siquiera es letra ni nada y que en sánscrito, por lo que dice Roberto Calasso que lo sabe todo, significa «¿quién?», los escritores B son los que más me llenan. Mis preferidos. En 2027 le dedicaré un libro a Roberto Bolaño para conmemorar el vigésimo cuarto aniversario de su muerte. Si entre tanto no ha resucitado. Si le da por resucitar, me callaré y no conmemoraré nada. No quiero hacer un papelón. Por si las moscas, acumulo material. Es mi proyecto futuro. El último. Sobre todo, porque ya habré dejado definitivamente detrás de mí a Beckett y a Borges. Tengo dos años por delante. Espero aguantar hasta ahí. Creo que me saldrá bien. Y si no sale bien, qué se le va a hacer. Me habré divertido.

Yo llegué a Borges algo tarde. Los jóvenes españoles de mi generación y de mi condición no leíamos a Borges. Leíamos a Cortázar. Leíamos a Sabato. Leíamos a Vargas Llosa. Algunos ultramodernos, medio maricones y que estaban al tanto de todo, leían a Manuel Puig. Los más ultras leían a Néstor Sánchez. A Borges, no. Entre otras cosas porque nadie lo había editado en España. En Argentina sí. Faltaría más. Editorial Emecé. Yo ni siquiera sabía que Borges existía. Exagero un pelín. Para darme pisto. Lo sabía sin saberlo. De refilón. Borges era un rumor. Con los rumores hay que ir con cuidado. Nunca se corresponden con lo que hay detrás. O con lo que hay delante. O encima… o debajo… o no sé dónde… En 1961, le habían dado el premio Formentor *ex aequo* con Samuel Beckett. Y quien se lo había dado era, entre otros editores europeos *branchés*, Carlos Barral, que estaba siempre moreno, iba de marino por la vida y comenzaba a dar premios a diestro y siniestro. Con buen criterio, eso sí. Editores como él se echan en falta. Los actuales son en su mayoría unos zopencos. Sobre todo los jóvenes. Como saben inglés, creen que con eso basta. Antes, los editores sabían sólo algo de francés. Como Dios manda. Eso les bastaba. A Carlos Barral le bastaba. Comoquiera que sea, un premio a Borges en Formentor, *ex aequo* con Beckett, era como dar una ensaimada o una sobrasada a dos fantasmas. Después de aquel premio, a Borges no pararon de premiarle y de agasajarle y de enaltecerle. En Francia. En Alemania. En Islandia. En EE. UU. En Italia. En Inglaterra. ¿Qué sé yo dónde más? Pareciera, incluso, que estuvieron a punto de darle el Nobel en

1965 y no se lo dieron no se sabe aún muy bien por qué, y prefirieron dárselo al ruso Shólojov. Un tostón de ruso. Como casi todos los escritores rusos. O a mí me lo parecen. Pues muy bien. En España nadie se enteraba de que le daban cosas a Borges. O muy pocos. La élite de la élite. Los viejos. Es normal que los viejos se interesen por los viejos. Borges tenía ya más de sesenta pirulos. Los jóvenes no leen a alguien con más de sesenta pirulos. Ni los de antes, ni los de hoy. Y que encima habla de cosas raras. El infinito. La inmortalidad. Los gauchos. Los espejos. Los laberintos. Los cuchillos. Los tigres. ¿A quién se le ocurre hablar de tigres con todos los temas importantes que había en aquel entonces en España? Santiago Carrillo afirmaba que el franquismo era un tigre de papel, pero nadie establecía la relación con Borges. Fernando Claudín lo intentó y por eso lo echaron del Partido. Por insinuarlo en pleno comité central, delante de la Pasionaria: «¡Camaradas, las condiciones históricas de la lucha de clases en España han cambiado. El tigre no es de papel, sino de piedra berroqueña. Apoyémonos en Borges para derrocar a Franco!». Jorge Semprún, que era su amigo, le echó un cable, porque al ser medio francés estaba al tanto de todo y se conocía a Borges al dedillo. «¡Camaradas, insistió solidariamente en un postrer intento para convencerlos con un argumento algo desesperado, con tigre o sin tigre, la política no es un circo. O no tendría que serlo!» Pues nada. Ambos a la calle. A la puta calle.